

---

# INTELECTUALES Y NACIONALISMO\*

Francesc Mercadé

---

El nacionalismo es una ideología socio-política que afecta a una población determinada. Ahora bien, metodológicamente, consideramos que el análisis de las estructuras sociales e ideologías que las sustentan tiene que ir acompañado del estudio de los ideólogos que articulan, construyen y transmiten las imágenes de la realidad o ideologías. Se trata de estudiar a los *image makers* siguiendo la terminología de Boulding, o a los *intelectuales orgánicos* de acuerdo con las tesis de Gramsci.

Esta es la relación fundamental que existe entre intelectuales y nacionalismo: basándose en el sentimiento de pertenencia y de identificación que crea los cimientos de una cierta solidaridad colectiva activa (el nacionalismo), los intelectuales dan forma a estos sentimientos dispersos aprovechando su capacidad de movilización, dando coherencia a todos estos factores, e intentando canalizarlos en una dirección determinada.

La nación es una formación histórica que se va decantando a través de la sucesión dialéctica de diversos modos de producción. El proceso es producto

---

\* Deseo agradecer las críticas de Amando de Miguel, Emili Boix, José Antonio González Casanova y Esteban Pinilla de las Heras, así como la constante colaboración investigadora de Benjamín Oltra y Francesc Hernández.

---

de la acción de diversos factores: elementos estructurales como un espacio económico y un territorio; fuerzas estructurales, como una división del trabajo y unas relaciones de clase, que condicionan el desarrollo de unas formaciones políticas en lucha por integrar políticamente a las otras bajo su hegemonía; y, por último, unos mecanismos codificadores de las relaciones sociales que conforman una cultura, una lengua y un sentimiento.

Así pues, una nación se estructura sobre una cultura determinada. El ámbito cultural tiene un conjunto articulado de funciones: *por un lado* la formación de unas determinadas redes de comunicación que incluyen el lenguaje así como toda una serie de elementos estéticos (arte, arquitectura, urbanización), rituales (bandera, himno, fiestas nacionales) e intelectuales (literatura, poesía, construcción ideológica), pero, *por otro lado*, existen unos modelos de ética «nacional», unas pautas colectivas en cuanto a los valores y las normas, y, *por último*, unos mecanismos de «socialización», de legitimación. De todas maneras, estas situaciones no son fácilmente simplificables puesto que las «culturas nacionales» no son siempre homogéneas; unas se influyen dialécticamente a las otras y es indudable que el auge de los canales internacionales de comunicación ha determinado la constante influencia de unos ámbitos sobre otros, creando un amplio abanico cultural más que una sola cultura. Precisamente, para el análisis de un movimiento nacionalista es importante estudiar los modelos de valoración y adscripción de las diversas clases sociales en su definición en el terreno de la cultura; y los intelectuales tienen un papel destacado en este fenómeno.

De este modo, el estudio de la *intelligentsia* se hace imprescindible, puesto que tiene precisamente la función de ordenar y definir todo lo relativo a la cultura para darle seguidamente un contenido político dentro del movimiento nacionalista. Como señala Benjamín Oltra:

Sigmun ha documentado muy acertadamente cómo y en qué términos, intelectuales y fuerzas políticas avanzadas catalizan y alumbran una corriente de cambio comunitario y político en las naciones sojuzgadas del Tercer Mundo, contra un pasado de esclavitud o subdesarrollo ligando independencia económica, política y cultural en forma de independencia nacional contra los poderes hegemónicos; titánico proyecto de cambio en un mundo dividido en bloques <sup>1</sup>.

De una manera mucho más general, Weber nos define también esta función del intelectual como constructor y legitimador de ideologías:

En general, la significación de la «nación» se basa en la superioridad o al menos la insustituibilidad de los valores culturales que sólo

<sup>1</sup> Puede verse el libro de PAUL E. SIGMUN (ed.), *The Ideologies of the Developing Nations*, Praeger, Nueva York, 1967; citado por BENJAMÍN OLTRA en *La imaginación ideológica. Una sociología de los intelectuales*, Vicens Vives, Barcelona, 1978, pág. 127.

deben conservarse y desarrollarse por medio del cultivo de la peculiaridad del grupo. Por ello, si es evidente que los intelectuales, como les hemos denominado de modo preliminar, están predestinados en un grado específico a propagar la «idea nacional», del mismo modo los que ostentan el poder dentro de la comunidad política provocan la idea del Estado. Entendemos por «intelectuales» un grupo de personas que, en virtud de su peculiaridad, poseen acceso especial a ciertas realizaciones consideradas como «valores culturales» y que, por ello, usurpan el mando de una «comunidad cultural»<sup>2</sup>.

La relación de los intelectuales con los propósitos nacionales y su cristalización en movimientos y proyectos culturales es clara. Precisamente Max Weber nos ha definido a los intelectuales como aquellas personas que, en su actuación, acentúan lo cultural, pero le dan contenidos políticos de reivindicación nacionalista. En el caso catalán, la actuación de los intelectuales en el terreno de la educación y de la cultura o en el ámbito directamente político de los partidos y de las instituciones autonómicas señala el peso de la sociedad civil (burguesa y popular) frente a una «nacionalidad estatal» española abogada por el peso del Estado.

Es conveniente, pues, profundizar en el estudio de la *intelligentsia* para entender la función que desempeña en la llamada cuestión nacional. El concepto de intelectual es equívoco y susceptible de distintos usos y aplicaciones. Trataremos en consecuencia de precisarlo y definirlo a partir de las diversas aportaciones teóricas de varios autores, para finalmente construirlo en función de los ideólogos políticos del nacionalismo catalán, nuestro principal objeto de estudio. Aunque, metodológicamente hemos desestimado el considerar a los intelectuales como una élite superestructural —situándolos en el terreno de la lucha por el poder y del enfrentamiento de intereses opuestos— desde una perspectiva teórica vamos a repasar las principales fuentes que han permitido una elaboración conceptual y teórica de este difícil tema.

Smith nos provee de un punto de partida:

El nacionalismo es un movimiento ideológico y político dirigido por un grupo minoritario educado: *la intelligentsia*, capaz de transferir su superconciencia de nación al resto del país<sup>3</sup>.

Es evidente que el nacionalismo como ideología ha de tener unos ideólogos que lo hagan comprensible y practicable, aunque ésta debe apoyarse en amplias masas para convertirse en movimiento político. Por tanto, estamos de acuerdo con este autor en que

<sup>2</sup> MAX WEBER, *Ensayos de sociología contemporánea*, Martínez Roca, Barcelona, 1972, pág. 216.

<sup>3</sup> ANTONY D. SMITH, *Las teorías del nacionalismo*, Península, Barcelona, 1976, pág. 7.

no se puede llevar a cabo una revolución nacionalista (por parte de la *intelligentsia*) sin apoyarse en otros estratos sociales <sup>4</sup>.

Son precisamente los intelectuales los que han hecho posible la expresión del nacionalismo en diversos contextos históricos y para tendencias opuestas. El sentimiento nacional se ha utilizado, ha tomado forma, tanto en las democracias occidentales, en los regímenes fascistas, en los países comunistas y en el Tercer Mundo, en general. Como apunta Amando de Miguel:

el nacionalismo es también un fenómeno de intelectuales, no porque las ideas se antepongan a las realidades económicas, sino porque los intelectuales median entre esas realidades y su percepción por un público más amplio <sup>5</sup>.

La cuestión nacional, como movimiento político estructurado, sigue pues unos círculos concéntricos que parten de una elaboración intelectual que «convence» o «es funcional» a los intereses de una clase social determinada y, más tarde, se convierte en una corriente de masas. Veamos el excelente resumen del escritor marxista escocés Tom Nairn:

Normalmente el nacionalismo surgió de un nuevo dilema del subdesarrollo; pero lo consiguió a través de un mecanismo muy específico que involucraba primero a la *intelligentsia*, después a los estratos más amplios de las clases medias y luego a las masas (...). El nacionalismo, que fue inicialmente propiedad de una élite intelectual relativamente minúscula (pasó de una primera a una segunda fase) en la cual fue difundido generalmente entre una burguesía cada vez mayor (...). Sólo más tarde se convirtió en un adecuado movimiento de masas (tercera fase) con algunas raíces en la nueva clase trabajadora y los partidos campesinos y un amplio interés popular. Por lo tanto, mientras la nueva *Weltanschauung* (...) era de apariencia inherentemente populista, le llevó mucho tiempo llegar al pueblo, es decir, a la fuente mística de donde, según el mito nacionalista, se supone que nace <sup>6</sup>.

En este contexto tratamos, pues, de la proyección política de los intelectuales o más propiamente de los intelectuales políticos a los que C. W. Mills define como «los especialistas en símbolos y estados de conciencia política» <sup>7</sup>, ya que, como afirma J. F. Marsal «este poder de construcción de estructuras simbólicas que son las ideologías no está en la capacidad de todo el mundo» <sup>8</sup>.

<sup>4</sup> *Ibidem*, pág. 8.

<sup>5</sup> AMANDO DE MIGUEL, *Los intelectuales bonitos*, Planeta, Barcelona, 1980, pág. 286.

<sup>6</sup> TOM NAIRN, *Los nuevos nacionalismos en Europa*, Península, Barcelona, 1979, págs. 103-104.

<sup>7</sup> C. W. MILLS, *De hombres sociales y movimientos políticos*, Siglo XXI, México, 1969, pág. 131.

<sup>8</sup> JUAN FRANCISCO MARSAL, *La sombra del poder. Intelectuales y política en España, Argentina y México*, Edicusa, Madrid, 1975, pág. 18.

Basándose en el esquema propuesto por Marsal<sup>9</sup> se pueden distinguir dos tendencias en el estudio de los intelectuales políticos: *la primera*, que podríamos llamar idealista y autoencomiástica, sería la de considerar a los intelectuales como grupo social flotante y por encima de otras clases (tesis de Mannheim); aunque también de carácter autovalorativo, *en el extremo opuesto*, encontraríamos *una segunda postura* que consideraría al intelectual como factor indispensable de la revolución. *En contraposición* a ambas tendencias surge *una tercera* (la de Gramsci), que considera que el intelectual no es, en principio, ni el portador de la conciencia nacional ni el agente decisivo del cambio estructural. Se trata, pues, de una tipología mucho más amplia (en la que después profundizaremos) que distingue a los intelectuales en el poder, los que legitiman el poder y, por último, los que combaten el poder. La idea gramsciana del «intelectual orgánico», como categoría (individual o colectiva), ligada mediata e inmediatamente a la dinámica de la reproducción ideológica o a la reconstrucción de un «bloque histórico», tiene utilidad especial en nuestro análisis de la ideología nacionalista.

Hasta este momento hemos hablado de distintas aproximaciones al concepto de intelectual, aunque somos conscientes de que es realmente difícil llegar a una definición precisa, sobre todo en una sociedad como la nuestra que tiende a ampliar los círculos de la educación y de la cultura a capas cada vez más amplias, y además teniendo en cuenta que:

en cuanto hace juicios sobre la realidad fundamentados en la experiencia y en la razón, cada hombre es en mayor o menor grado un científico (intelectual); y en cuanto rige sus actos por los resultados de dichos juicios, cada hombre es también, en mayor o menor grado, un técnico. Es necesaria la mecánica de la sociedad clasista para producir la división de los seres humanos en científicos y no científicos<sup>10</sup>.

Siguiendo esta idea, Edward Shils, en la *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales* define al intelectual de una manera «cuantitativa», es decir, lo que distingue la *intelligentsia* de otras especializaciones del saber y del «hacer» en el hombre es la aproximación constante y reiterada (del intelectual) al mundo de la comunicación en general:

En toda sociedad, los intelectuales constituyen el conjunto de personas que emplea en su comunicación y expresión, con una frecuencia relativamente mayor que los demás miembros de la sociedad, símbolos generales y abstractos que se refieren al hombre, la sociedad, la naturaleza y el cosmos. La asiduidad en el empleo de estos símbolos puede

<sup>9</sup> JUAN F. MARSAL (ed.), *Los intelectuales políticos*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1972.

<sup>10</sup> L. BRITO y P. NEGRETE, *Ciencia técnica y dependencia*, Rocinante, Venezuela, 1974.

estar en función de una propensión subjetiva o de las obligaciones de un rol profesional cuyo desempeño lleva aparejado este uso<sup>11</sup>.

De alguna manera, pues, todas las personas pueden cumplir un papel intelectual y de hecho la necesidad de comprender y explicar al mundo que nos rodea es una propiedad del ser humano, aunque, al basarse en una cierta «capacidad» de comprensión que la sociedad ha «repartido»<sup>12</sup> de manera desigual, existan unos «especialistas» en el manejo de las ideas.

De todas maneras es innegable que la sociedad capitalista se ha esforzado en distinguir el trabajo manual del trabajo intelectual. Las lecturas «intelectuales» (o científicas) de la realidad le llegan al individuo «normal» mediadas por una serie de mecanismos que las convierten en distintos mensajes dogmáticos que se tienen que aceptar acríticamente (la utilización de clase de la televisión, la publicidad y la educación, entre otros medios, son su causa estructural).

Precisamente, la creación de conciencia al servicio de una clase ascendente o del grupo dominante es uno de los cometidos principales de los intelectuales políticos, ya que:

si consideramos a la ideología como un proceso necesariamente intelectual y abstracto de articulación de explicaciones y valores sobre algún nivel de la naturaleza humana, dirigidos a producir un proceso de legitimación o deslegitimación que afecta a una situación social entera, no tenemos más remedio que concluir que este proceso es llevado a cabo por la *intelligentsia*. En buena medida, los sistemas de valores, creencias e ideologías atribuidas al ciudadano medio o a la cultura de masas son productos elaborados y más bien propios de los intelectuales<sup>13</sup>.

Pero, por otra parte, el intelectual tiene una función reconocida por los demás ciudadanos: «los intelectuales lo son porque los demás así lo reconocen, no porque ellos se muestren como tales»<sup>14</sup> y este «reconocimiento» tiene un doble sentido positivo y negativo. *Por un lado*, como apunta Amando de Miguel, el término tiene un sentido negativo que procede de Clemenceau, cuando en 1898 creó la palabra *intelectuales* para referirse despectivamente a

<sup>11</sup> EDWARDS SHILS, "Intelectuales", en *Enciclopedia internacional de las ciencias sociales*, Aguilar, Madrid, 1975, pág. 136.

<sup>12</sup> Es evidente la influencia de la cultura en la que uno vive y del proceso de socialización en el "reparto" de la capacidad intelectual. Excepto para los valores extremos, cada vez es más patente que los "tests de inteligencia" nos dan un valor orientativo que es fruto del desarrollo "social" de la persona y no de valores innatos.

<sup>13</sup> BENJAMÍN OLTRA, *La imaginación política. Contribución al análisis sociológico de los intelectuales políticos en la España actual*, Tesis Doctoral, Universidad Autónoma, Barcelona, 1975, pág. 22.

<sup>14</sup> AMANDO DE MIGUEL, *Los intelectuales...*, op. cit., pág. 29.

Zola y demás partidarios del judío Dreyfus, tampoco es positiva la expresión *intelligentsia* utilizada en la Rusia zarista hacia 1860 para designar a «un estrato muy móvil, de elementos pequeñoburgueses y desarraigados», que procuraban la destrucción del Estado; *por otro lado*, existe una visión que relaciona al intelectual con el poder —que es visible en el origen del término *intelligentsia* en Polonia durante la primera mitad del siglo XIX— y que sitúa a la intelectualidad en la remuneradora tarea de legitimadores del poder<sup>15</sup>. En nuestro análisis de los ideólogos del nacionalismo tiene mucho más peso esta segunda percepción que sitúa a los intelectuales a un paso del poder, a partir de la racionalización y expresión de unos sentimientos nacionalistas que tiene la población de un determinado ámbito cultural.

Benjamín Oltra<sup>16</sup> sintetiza cuatro imágenes distintas que han materializado el concepto de intelectual: *a*) un grupo que ha llegado a especializarse en la manipulación consciente de su intelecto constituyendo esta habilidad más que una profesión un modo de existencia; *b*) personas que viven principalmente de, por, y para las ideas, sean éstas presentadas de una forma verbal o escrita; *c*) un estrato que no encaja en la estructura de clases debido a que lo singular de su función es la garantía de su independencia (...); *d*) finalmente, los intelectuales forman un grupo histórico cuya naturaleza les lleva sistemáticamente a la disensión, al conflicto permanente con todo poder o políticas establecidas.

A pesar de estos intentos de definición que resumen las aportaciones más importantes sobre el tema, hemos de constatar que en la realidad del lenguaje los términos *intelligentsia* o intelectual tienen un significado sumamente impreciso.

De una manera general se puede afirmar que el intelectual ampliamente definido como el individuo que maneja ciertos símbolos e imágenes a niveles abstractos y generales aparece con la sociedad misma (por lo menos en su estudio, digamos, alfabeto). La función social del intelectual puede realizarse en una autosatisfacción personal o profesional, pero en todo caso su cometido está generalmente institucionalizado, puesto que la sociedad no puede prescindir de este nivel de actividad que se hace más y más complejo en virtud del grado de complejidad de la sociedad misma. Como expone E. Shils:

La estructura del sistema intelectual de cualquier sociedad viene definida por cuatro factores principales: 1) la procedencia del mantenimiento financiero de los que realizan las actividades intelectuales; 2) el modo de administración de las actividades intelectuales; 3) el tipo de demanda de objetos intelectuales y de realizaciones práctico-intelectuales, y 4) la realización entre los logros intelectuales pasados y presentes<sup>17</sup>.

<sup>15</sup> *Ibidem*, págs. 29-31.

<sup>16</sup> BENJAMÍN OLTRA, *La imaginación...*, *op. cit.*

<sup>17</sup> EDWARD SHILS, en "Intelectuales", *op. cit.*

El papel del intelectual es el dominio de un todo articulado y construido como teoría global, es decir, se ha de enmarcar en una «tradición científica» o cultural determinada, en la que se integra o trasciende; ésta es una de las paradojas del trabajo intelectual: se espera que supere la tradición sin salirse de ella.

La relación ideología/poder es cada vez más estrecha; el intelectual como ideólogo tiene una gran influencia en el área del poder. Su capacidad de explicación de la realidad le confiere una credibilidad ante los ojos del público, en general, que lo hace potencialmente utilizable, como hemos dicho, por los detentadores del poder o por los que aspiran a detentarlo. Como nos dice Philippe Roqueplo<sup>18</sup>: «La significación de la ciencia no debe buscarse hoy en el saber en cuanto tal, sino en el poder que ese saber confiere.»

Precisamente, el auge del intelectual (particularmente del científico) en la sociedad moderna arranca de la toma del poder político y económico de la burguesía. Las diversas revoluciones burguesas tienen puestos los ojos en la ciencia como fuente de toda riqueza. Además, los intelectuales pasan a participar directamente en el gobierno y en la esfera de poder en general, incidiendo en cuestiones políticas en las que gozan de un cierto predicamento. No en vano *alguno* de los entrevistados (en el trabajo de campo de una amplia investigación sobre Cataluña) son ideólogos de partidos políticos concretos, diputados o senadores, y todos se sienten comprometidos con la realidad política que les envuelve.

Hablando en concreto de la Revolución Francesa, Stefano Sonnati<sup>19</sup>, nos describe el proceso de ascenso al poder de los intelectuales acompañando a la naciente burguesía; proceso que no es automático, sino que surge de una etapa de anti-intelectualismo inicial:

si bien es verdad que la Revolución Francesa determinó el surgimiento de una nueva era científica que puso de relieve la figura del hombre de ciencia, confiriéndole además un prestigio político, esto no sucedió de repente. Por el contrario, en los comienzos, y especialmente durante el período del Terror, los científicos y la ciencia no fueron bien vistos, si no cuestionados por un anti-intelectualismo general de tipo popular (...). «La República no tiene necesidad de científicos» se dice que exclamó el presidente del Tribunal Revolucionario leyendo la sentencia que condenaba a Lavoisier a la guillotina<sup>20</sup>.

Hasta este momento hemos utilizado intelectual y científico como términos más o menos paralelos. El desarrollo mismo de la sociedad capitalista ha con-

<sup>18</sup> PHILIPPE ROQUEPLO, *18 tesis sobre la significación de la ciencia*, A. Redondo, Barcelona, 1972, pág. 13.

<sup>19</sup> STEFANO SONNATI, *Ciencia y científicos en la sociedad burguesa*, Icaria, Barcelona, 1977.

<sup>20</sup> *Ibidem*, pág. 37.



vertido a un sector muy sustancial de los científicos y los intelectuales en trabajadores asalariados, si bien no conviene extender esta afirmación al conjunto, estableciendo las necesarias jerarquías:

en cuanto hombre que vende su trabajo y que no tiene dominio sobre el producto de éste, el científico y el técnico están, en principio, en la misma posición de los restantes trabajadores <sup>21</sup>,

y en cambio los intelectuales políticos (de los que nos ocupamos precisamente en este trabajo) han sido los que han dado coherencia a la ideología de la clase dominante o bien los que han propuesto alternativas (desde la derecha o desde la izquierda). Como en todo grupo humano, en los intelectuales hay una división del trabajo y unas jerarquías establecidas.

Para profundizar este punto, es interesantísima la exposición de Alvin W. Gouldner, que pone una primera piedra para la construcción de «una teoría general de la Nueva Clase que abarque tanto a la *intelligentsia* técnica como a las intelectuales (...) en el capitalismo tardío y en el socialismo de Estado autoritario de la U.R.S.S.». Como vemos, este autor distingue dos categorías dentro de lo que llama *Nueva Clase* en los países desarrollados capitalistas del siglo xx: por un lado, los *intelectuales* o humanistas, y por otro, la *intelligentsia* formada por los técnicos; ambas capas de la sociedad entrarán en conflicto con los grupos que controlan la economía, sean empresarios o políticos <sup>22</sup>. Este conflicto se define en el marco de unas relaciones comunes con los medios de producción a partir del capital humano que poseen los intelectuales.

Aunque para nosotros los intelectuales no forman una clase social, es precisamente en el terreno nacionalista donde es más fácil observar una cierta «posición colectiva» del «capital humano» intelectual frente a una opresión cultural común. En el material edito que hemos analizado para la confección de este artículo, se ha podido comprobar la «solidaridad» o coincidencia de los intelectuales-políticos catalanes en la defensa de unos principios básicos de identidad nacional (o regional para algunos); es realmente fantástico cómo se parecen tanto, en las respuestas a algunos puntos, personas situadas tan lejos en el abanico ideológico.

Marx y Engels trataron muy de pasada el tema de los intelectuales, como señala Gouldner <sup>23</sup>, no se explicaron a sí mismos. De todas maneras su aportación tiene elementos sugestivos que vale la pena desarrollar en un apretado resumen. Si se parte de la idea de la plusvalía como fin inmediato y creación específica del modo de producción capitalista, podemos definir el trabajo productivo como aquel que produce dicha plusvalía, es decir el trabajo productivo es utilizado en el proceso de producción para incrementar el valor del capital

<sup>21</sup> L. BRITO y P. NEGRETE, *op. cit.*, pág. 32.

<sup>22</sup> Véase ALVIN W. GOULDNER, *El futuro de los intelectuales y el ascenso de la nueva clase*. Alianza, Madrid, 1980.

<sup>23</sup> *Ibidem*, págs. 23-24.

y se compra a cambio de capital variable<sup>24</sup>. Por el contrario, el trabajo no productivo (el caso del intelectual) se compra para ser utilizado como valor de uso o como servicio<sup>25</sup>. Dentro de esta concepción, dado que el trabajo intelectual no puede convertirse en mercancía autónoma porque es inseparable de la persona, entonces no puede darse una explotación capitalista propiamente dicha en este terreno. La división capitalista del trabajo implica la separación del trabajo físico y el intelectual que comporta una desigual distribución (tanto cuantitativa como cualitativa) del trabajo y de su producto, la propiedad. La clase social que detenta los medios de producción materiales dispone también de los medios de producción intelectuales y de comunicación. Las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes. De todas maneras, en las clases sociales dominantes existe la división entre trabajo físico y trabajo intelectual. Este último agrupa a los ideólogos que han de estructurar los intereses de clase y presentarlos como intereses comunes. No se puede estudiar el conjunto de ideas de una época independientemente del modo de producción y las relaciones que implica, todo estudio que no tenga en cuenta esta realidad entrará en el terreno de la especulación. No es la conciencia la que determina la vida, sino la vida la que determina la conciencia.

Es, a nuestro juicio, muy interesante remarcar la función ideológica de una parte del trabajo intelectual puesto que precisamente la pugna establecida por las diversas visiones de la cuestión nacional para ser hegemónicas, consiste precisamente en la «creación» por parte de los ideólogos de un código comprensivo que permita elevar los sentimientos nacionales de pertenencia a un estado consciente y político. Como señalan Marx y Engels, la burguesía y lo que podríamos llamar sus intelectuales orgánicos disponen de muchos más medios para encauzar «la vida» y de esta manera determinar «la conciencia». De todas maneras, el círculo no es para nosotros tan cerrado, la cuestión nacional es un tema escurridizo que permite, como hemos visto, teorizaciones que tienen, posteriormente, consecuencias contrarias a las esperadas.

Un tema fundamental del marxismo es la articulación práctica de la lucha del proletariado para conseguir ser la clase social hegemónica. Dentro de este esquema no queda muy claro el papel del intelectual que tiene que ocuparse de funciones educativas y de propaganda para convertir a la clase trabajadora en clase *para sí*. Una respuesta más completa a este dilema entre la teoría y la práctica la tenemos en *La ideología alemana*, que representa una ruptura con muchas de las ideas defendidas por Marx y Engels anteriormente y que ya habían sido apuntadas por Marx en las *tesis sobre Feuerbach* en 1845.

Así, pues, en las *tesis sobre Feuerbach*<sup>26</sup> se incide en resaltar la importancia

<sup>24</sup> En este sentido es útil recordar el esquema *D-M-D*, dinero-mercancía-dinero.

<sup>25</sup> En este caso el esquema sería *M-D-M*, mercancía-dinero-mercancía, entendiéndose que puede calificarse de mercancía a un trabajo (o un servicio) intelectual.

<sup>26</sup> Véase K. MARX y F. ENGELS, *La ideología alemana. Feuerbach*, Eds. 62, Barcelona, 1969, págs. 101-104.

de la práctica por lo que respecta al conocimiento, tema que, como veremos, desarrolla después Mao. Dentro de la concepción de Marx y Engels del concepto de ideología como fruto de la realidad social de la lucha de clases, pero también insistiendo dialécticamente en la relación contraria, queda claro el papel de los intelectuales en su función de constructores de la ideología en su doble y contrapuesta vertiente de legitimadores de la visión del mundo de la clase dominante o hegemónica, y de portadores de una alternativa global que puede llegar a ser hegemónica y que pugna por serlo. Esta división de *la intelligentsia* es directamente aplicable al tema que nos ocupa: las diversas ideologías nacionalistas pugnan por ser hegemónicas en un momento histórico, a partir de los procesos de legitimación que protagonizan los intelectuales y del «éxito» que tengan en cuanto a su extensión a amplias capas de la población.

Para Marx y Engels, las clases dominadas (el proletariado) parten de una realidad de explotación —de «falsa conciencia» nacional, añadimos nosotros— que el capitalismo avanzado ha hecho menos tangible. El salto a la conciencia de clase —o a la conciencia nacional— se hace, pues, cada vez más difícil (sobre todo en los países centrales). Sin una consideración intelectual de todo el proceso de producción que permita desvelar las relaciones desiguales de poder y de explotación —y también la manipulación de lo nacional popular—, el paso necesario hacia la conciencia de clase (o conciencia nacional) por parte del proletariado se puede difuminar. De todas maneras, no debemos olvidar que las condiciones de explotación directa (y de opresión nacional) del capitalismo se dan aún con toda su dureza en los llamados países periféricos o del tercer mundo que permiten el mantenimiento de los beneficios a la vez que hacen posible un aumento relativo de los sueldos del proletariado de los países centrales. Otra forma más indirecta, pero no por esto menos salvaje, de explotación y acumulación de capital (y también de «agresión» a un ámbito nacional), es la destrucción sistemática (sin pago de precio alguno) del medio ambiente, de la naturaleza, que obliga al hombre a vivir en condiciones cada vez menos «naturales» que pueden tener consecuencias imprevisibles en un futuro no muy lejano. Además, es evidente que degradando el medio geográfico donde vive una comunidad se consigue, en cierta manera, desarraigarla y «desnacionalizarla»; éste es el sentido de los partidos nacionalistas y ecologistas. El desequilibrio económico (nacional y regional) y la destrucción sistemática de la naturaleza son dos aspectos normalmente silenciados por los técnicos legitimadores del sistema, pero también son minusvalorados por algunos intelectuales de izquierdas que se mueven en el contexto de los países centralistas más ricos<sup>27</sup>.

Después de estas disquisiciones queda aún más clara la función del intelectual revolucionario en el sentido marxiano del término como englobador del

<sup>27</sup> En este sentido tendrían que revisarse algunos de los aspectos de las amplias y por otra parte interesantísimas teorías de Jürgen Habermans.

conjunto de intereses del proletariado (económicos y «nacionales») que puede ayudar a proyectar sobre la realidad de manera adecuada. Como dice B. Oltra: «El papel del intelectual revolucionario ligado a cuadros políticos del partido obrero construye, de hecho, el punto de vista histórico y mundial y una conciencia sobre el *qué hacer* en una determinada fase histórica de la sociedad»<sup>28</sup>. La teoría marxista del intelectual se opone a cualquier concepción que lo desligue de la realidad y lo sitúe por encima de las contradicciones existentes en la sociedad que se materializan en la lucha de clases. Los intelectuales no forman de ninguna manera un grupo autónomo que tiene la clave de la interpretación del proceso histórico, sino que están íntimamente condicionados por este proceso en el que también están plenamente inmersos. De este modo el intelectual será útil cuando sus teorizaciones expliquen la realidad, la hagan comprensible y ofrezcan modelos alternativos que permitan actuar sobre ella para modificarla en el sentido que imprima la misma historia. Así pues, para los creadores del marxismo, la conciencia social y su potencialidad revolucionaria son un producto de las relaciones sociales que a su vez forman parte de ellos. Se parte en esta visión de la existencia de claras diferencias entre el trabajo manual y el trabajo intelectual que, aunque puedan mezclarse en algunos casos, normalmente los «especialistas del pensamiento» tienen una mayor autonomía respecto al proceso de producción a pesar de estar dialécticamente condicionados por él. Las construcciones ideológicas de los intelectuales están, también en sentido amplio e histórico, condicionadas por el proceso de producción.

Precisamente las transformaciones económicas y sociales que ha supuesto la evolución del modo de producción capitalista, con sociedades centrales altamente industrializadas de una tecnología muy evolucionada y sofisticada que conlleva un aumento de la productividad, han replanteado toda la cuestión del papel del intelectual en la sociedad. Los «nuevos» intelectuales son otra vez tema central en las ciencias sociales: es evidente que la situación del intelectual en la sociedad está cambiando vertiginosamente. El estatus laboral y social de los que trabajan con las ideas sufre transformaciones cuyo estudio se hace cada vez más necesario, no sólo para ver la nueva naturaleza del intelectual, sino para entender los nuevos procesos de conciencia social y, en definitiva, las nuevas recomposiciones de clase.

Haría falta una tipología detallada, que tuviera en cuenta todas las variables: situación de clase, función social (productiva u otra), relación con el sistema educativo y otras. Con todo, el término sirve de primera aproximación a las transformaciones más visibles que se operan en la actual división del trabajo<sup>29</sup>.

<sup>28</sup> BENJAMÍN OLTRA, *La imaginación ideológica...*, op. cit., pág. 45.

<sup>29</sup> Equipo Comunicación en CASANOVA y cols., *La proletarianización del trabajo intelectual*, Alberto Corazón, Madrid, 1975.

Todos estos temas están reflejados en el cuestionario de la entrevista a los ideólogos del nacionalismo catalán que desarrollamos en una amplia investigación de la que este artículo parte <sup>30</sup>.

Como hemos visto, los principios teóricos de Marx y Engels, por lo que respecta a *la intelligentsia*, dejaron muchos aspectos oscuros. El marxismo, por propia definición, no tiene que ser dogmático; las «viejas» teorías deben engarzar con nuevos puntos de vista para avanzar en su capacidad explicativa y comprensiva. Antonio Gramsci fue precisamente uno de los teóricos marxistas que, posteriormente, supo enriquecer las «doctrinas» heredadas.

Pasemos a profundizar la teoría del intelectual en Gramsci <sup>31</sup>. El análisis dinámico de la sociedad en Gramsci se articula alrededor de un concepto básico: *el bloque histórico* <sup>32</sup>, al que podríamos definir como un sistema u organización social hegemónica dirigida por una clase determinada, pero gestionada por grupos especializados en la estructuración de las esferas ideológicas, jurídica y política, precisamente los intelectuales, que actúan, pues, a un nivel superestructural. De una manera estereotipada Gramsci llegará a calificar al intelectual como «funcionario de la superestructura». Sin contradecir la ortodoxia marxista, Gramsci no es un simple continuador de ella, sino que su aportación es innovadora en el sentido de defender el estudio de la superestructura en cualquier situación política como punto de partida para cualquier análisis estructural posterior. Así, son de vital importancia los análisis del intelectual orgánicamente ligado a una clase social determinada (hegemónica o ascendente) que ha de construir y articular un sistema de valores culturales determinados (o ideología) que darán coherencia a un determinado sistema social hegemónico o tendrán el propósito de romper dicha hegemonía a partir de la acción política para construir un nuevo bloque histórico.

De todo esto se deduce el importante papel que en la teoría gramsciana de la sociedad juega el intelectual. Si hemos dicho que todas las argumentaciones de este autor giran alrededor del bloque histórico, el papel o la función del intelectual en el seno de un bloque histórico determinado es el factor que dinamiza el análisis. No tiene mucho sentido hablar del intelectual en su acepción común como personaje en cierta manera independiente, sino que, al contrario, Gramsci destaca la ligazón del *intelectual orgánico* con el grupo que representa en el seno de la superestructura del bloque histórico; o bien la relación del *intelectual tradicional* con la visión global propuesta por

<sup>30</sup> Puede verse mi Tesis Doctoral, *La cuestión nacional y los intelectuales. Análisis sociológico de los intelectuales políticos en la Cataluña democrática*, Mimeo, Barcelona, 1981.

<sup>31</sup> Véase principalmente ANTONIO GRAMSCI, *La formación de los intelectuales*, Grijalbo, Madrid, 1967.

<sup>32</sup> Es sumamente interesante para la profundización teórica del concepto de bloque histórico en Gramsci el análisis de HUGUES PORTELLI, *Gramsci y el bloque histórico*, Siglo XXI, Madrid, 1973.

un bloque histórico superado por la misma marcha de la historia, en el caso de diversas capas intelectuales ligadas a clases sociales que han perdido su hegemonía.

Precisamente la ruptura de esta relación entre el intelectual orgánico y la clase dominante conlleva normalmente la pérdida de la hegemonía o al menos una profunda crisis. Los intelectuales orgánicos de un bloque histórico, ligados a la clase dominante, tienen que combatir o absorber a los intelectuales tradicionales para crear un bloque intelectual que organice la hegemonía articulando la concepción del mundo en todos sus niveles, consiguiendo el monopolio ideológico que habrá de difundirse entre todas las capas sociales con contenidos y profundidades diversas que van desde el «sentido común» y el folklore hasta las más sofisticadas formas de filosofía. El partido político como elemento aglutinador de los potenciales revolucionarios de cambio tiene para Gramsci una función intelectual. De hecho todos los miembros de un partido tendrían que ser, en mayor o menor grado, intelectuales, aunque en los dirigentes tendría que situarse la plataforma intelectual más importante como elemento de cohesión.

Toda la interpretación gramsciana tiene un evidente interés para nuestro análisis sobre los intelectuales y la cuestión nacional; el concepto de *intelectual orgánico*, ligado a los intereses de un determinado proyecto nacional, es sumamente útil para entender que en una nación existen muchas proposiciones paralelas, aunque sólo una de ellas sea la hegemónica. Los intelectuales (nacionalistas, no nacionalistas o antinacionalistas) se ocupan, pues, de dar unos contenidos concretos al *sentido común* y al *folklore* para imprimirles una dirección reivindicativa determinada. Alrededor de un *bloque histórico* conviven varios movimientos nacionalistas que interpretan los sentimientos básicos que existen en la sociedad civil, a la vez que releen la historia pasada dándole un sentido que apoye sus proyectos. Los partidos políticos son —también en el caso catalán— los protagonistas principales de la disputa entre las distintas concepciones de lo nacional; después de una época de persecución cultural en la que los intelectuales tenían, por ellos mismos, un peso específico importante, con la llegada de la democracia y de las elecciones al *Parlament català* los partidos vuelven a ser los principales interlocutores y los ideólogos de la cuestión nacional son cada vez más intelectuales orgánicos en el sentido gramsciano; pocos son los sectores de la *intelligentsia* catalana que mantienen una postura independiente. Esto no significa que los partidos políticos catalanes tengan clara su posición respecto a la cuestión nacional, precisamente nuestra hipótesis es que los partidos no representan un bloque que divida las distintas posibilidades; al contrario, en cada uno de ellos coexisten diferentes visiones, tanto en las masas votantes o en la militancia como en sus intelectuales o ideólogos. Esto justifica, a nuestro modo de ver, que el análisis sociológico de esta problemática se centre en los intelectuales políticos y no en los partidos catalanes. Lo que se ha dado es una, cada vez mayor,

identificación de cada partido político con sus ideólogos (intelectuales orgánicos), sobre todo en la confección de programas, idearios y panfletos.

Uno de los puntos más delicados e interesantes es el de la conciencia del intelectual, de su propio papel en la sociedad concreta en la que está inmerso. En este sentido, ciertos intentos revolucionarios globales (China y Cuba, por ejemplo) pretenden ligar al intelectual al mundo «real» de la producción y del trabajo manual o físico para ponerlo en contacto directo con el auténtico punto de vista del proletariado, que no puede aprenderse en un laboratorio. Esto significa una ruptura con el elitismo intelectual de cualquier signo<sup>33</sup>, aunque no puede hablarse, al menos por ahora, de una recomposición de «lo normal» y «lo intelectual», y mucho menos de un avance global en el trabajo del intelectual. Los escritos de Mao Zedong<sup>34</sup> respecto de los intelectuales se centran, ciertamente, en la relación entre teoría y práctica, conocimiento y acción, saber y hacer, pero sus proposiciones son más bien un objetivo a alcanzar que un análisis de la realidad.

Teniendo como base la teoría marxista que considera la producción como actividad determinante de todas las demás, Mao coloca la práctica en un plano principal remarcando el carácter práctico de la dialéctica. Sobre la base de las sensaciones primarias, el conocimiento tiene que llegar a comprender las contradicciones internas, las leyes, las conexiones entre los distintos procesos para articular el conocimiento lógico. Lo racional y lo sensorial son cualitativamente distintos pero están relacionados por y en la práctica histórica.

El conocimiento de todos los procesos reales implica la práctica, el contacto vivencial con estos procesos precisamente en su contexto histórico. El marxismo como sistema de conocimiento no escapa a este modelo; surge en la práctica, como producto del sistema capitalista en el contexto de la lucha de clases y en este terreno ha de obtener los datos con los que elaborar la teoría. Conocer quiere decir participar en la transformación de la realidad. No existen conocimientos que provengan de experiencias indirectas, puesto que estas últimas no existen en estado puro; siempre son directas para alguien aunque el observador no participe en ellas.

Partiendo de la crítica del idealismo (al que define como la posibilidad del conocimiento racional sin el conocimiento sensorial), Mao critica a la escuela racionalista que partiendo de la razón como único punto de referencia niega la realidad que proviene de la experiencia; así como también a las tendencias empiricistas que sólo parten del conocimiento sensorial sin pasar a etapas posteriores. Por el contrario, Mao cree que lo racional no tiene sentido si no proviene de lo sensorial. La experiencia es sólo el punto

---

<sup>33</sup> En este sentido véase el prólogo de Carlos Paris al libro de JEAN PATOCKA, *Los intelectuales ante la sociedad*, Akal, Madrid, 1976.

<sup>34</sup> MAO ZEDONG, *Obras escogidas*, Fundamentos, Madrid, 1975, tomo I, páginas 317-331.

de partida del conocimiento que ha de contrastarse dialécticamente: para el materialismo dialéctico la teoría debe ser guía de la acción; el conocimiento sensorial ha de llevar al conocimiento racional y este último a la práctica revolucionaria, puesto que los criterios prácticos son los únicos verdaderos.

La conclusión de todo este esquema del trabajo intelectual es una rueda sin fin que gira mediante la dialéctica de práctica-teórica-práctica y que nos lleve a niveles cada vez más altos del conocimiento que permitan actuar cada vez más acertadamente sobre la realidad.

Esta relación entre lo estudiado (investigado) y lo vivido, nos parece especialmente indispensable en la cuestión nacional. Una regla de oro de la investigación sociológica es, precisamente, que no pueden aislarse «problemas sociales» para ser analizados en un laboratorio o en una sociedad que no pueda reproducir (al menos teóricamente) el ámbito y las pautas culturales en las que este problema ha surgido; el intelectual americano, castellano e incluso catalán que quiera penetrar desde una perspectiva teórica en la comprensión del fenómeno nacional debe dejar atrás muchos de los prejuicios y bloqueos asimilados durante un proceso de socialización que incluso negaba la posibilidad de que el sentimiento de pertenencia nacional se expresase —en determinadas circunstancias— como algo problemático.

La aportación de Max Weber al tema de los intelectuales es interesante y permite complementar algunos aspectos de la visión marxiana. Hay que criticar las visiones parciales que de Max Weber se han extendido, principalmente la de Parsons, que lo situaba en el terreno del idealismo y la unidimensionalidad oponiéndolo al modelo marxista, al que, sin embargo, complementa en muchos aspectos<sup>35</sup>. La profundización en el tema de los intelectuales que lleva a cabo Max Weber parte de la observación empírica de la realidad y de la aplicación de los tipos ideales (modelo teórico-metodológico que desarrolló originalmente). El intelectual estructura y articula la visión o concepción del mundo (*Weltanschauung*) de los distintos grupos sociales en distintas épocas históricas en contextos culturales diversos.

Weber analiza al intelectual: *a)* construyendo tipos ideales sacados de la experiencia histórica sin adoptar el método historicista; *b)* ligando estos tipos ideales históricos al análisis sociológico de su función explicativa en el proceso de racionalidad capitalista; *c)* tomando como ejemplo tipo al intelectual religioso y su cometido y explicando desde este tipo los procesos de discontinuidad en los modelos intelectuales (secularización) y los tipos de *intelligentsia* innovadoras emergentes (...); *d)* utilizándolos como *categorías* o *subcategorías* (y no como

<sup>35</sup> Véase en este sentido de valorar la obra de Weber el texto de J. F. MARSAL, *Conocer Max Weber y su obra*, Dopesa, Barcelona, 1978. La pretensión divulgadora y esquemática de la colección no impide en este caso un tratamiento interesante.



problemas) explicativos del proceso de apoyo y legitimación de la tradición, de rutinización global, o de cambio, y e) utilizándolos como claves explicativas de la articulación e incidencia específica de las ideas en acción<sup>36</sup>.

Así pues, aplicando el análisis weberiano a nuestro cometido, la *intelligentsia* organiza las diversas *Weltanschauungen* nacionalistas dando un contenido racional a toda una serie de construcciones simbólicas que se convierten en un potencial transformador e innovador o bien son conservadoras y contrarias al cambio. Sorprende, en el tema que nos ocupa, que la disparidad de visiones y concepciones del mundo (ideologías) no se corresponda, en muchos casos, con posiciones dispares frente a la cuestión nacional.

Gran parte de las ideas weberianas fueron absorbidas por Georg Lukács, filósofo marxista húngaro, discípulo crítico de Weber, con quien se relacionó antes de la Primera Guerra Mundial. La importancia de Lukács en el plano teórico es evidente e indiscutible. Su obra ha sistematizado muchos de los conceptos que Marx sólo apuntó. En sus estudios respecto a los intelectuales existe un afán de actualización de la teoría marxista para adaptarla a los diferentes tipos de organización de la producción que ha desarrollado el capitalismo. Lukács observa en la realidad la paulatina desaparición de los estratos pequeños burgueses, la progresiva asimilación objetiva entre los trabajadores asalariados (proletario propiamente dicho) y los trabajadores de «cuello blanco» (*White collar*) en el sentido de la proletarianización de estos grupos intermedios, al contrario de la versión «oficial» de la burguesía que presenta el fenómeno como la definitiva desaparición del proletariado. Estos cambios en las condiciones económicas y sociales implican una cierta transformación en la conciencia: las inclinaciones revolucionarias del proletariado han descendido; el papel de los intelectuales como creadores de la «teoría de la revolución» se acentúa<sup>37</sup>, pero también entra en crisis con los cambios críticos operados.

Lukács defiende la necesidad de crear movimientos intelectuales que analicen estos cambios objetivos que evidentemente han de implicar transformaciones subjetivas en los individuos. El objeto sería acumular todos los tipos de contestación existentes (proviniesen de la clase o grupo social que proviniesen) para movilizar amplias masas en acciones políticas determinadas que impulsasen la lucha de clases. Estas acciones deberían tomar una dinámica permanente de manera que diesen al movimiento perspectivas de futuro. Se ha de crear un *brain trust*, equipo de cerebros<sup>38</sup>, que proporcione en su rela-

<sup>36</sup> BENJAMÍN OLTRA, *La imaginación ideológica...*, op. cit., págs. 55-56.

<sup>37</sup> En algunos de sus escritos el mismo Lenin nos habla del potencial revolucionario del movimiento obrero que, en determinadas situaciones históricas, puede necesitar una chispa exterior para estallar.

<sup>38</sup> Según me sugiere Amando de Miguel, el término *brain trust* fue acuñado por el rector del Hunter College para designar a los colaboradores "intelectuales" (profesores) de Roosevelt en la campaña de 1932.

ción con los líderes políticos un entrelazamiento entre la teoría y la práctica. En este sentido, critica a las burocracias (tanto estatales como obreras) que jamás podrán tomar en sus manos la acción organizadora que ha de encender el movimiento revolucionario. Esta es la responsabilidad del movimiento intelectual: la creación de un *brain trust* que coordine e impulse el potencial de lucha del proletariado:

Hay que encontrar además, en la teoría y en el modo cómo ella afecta a las masas, los momentos, las determinaciones que hacen de la teoría, del método dialéctico, el vehículo de la revolución; la naturaleza práctica de la teoría tiene que desarrollarse a partir de ella misma y de su relación con el objeto (...). La teoría interviene de este modo *inmediata* y *adecuadamente* en el proceso de subversión de la sociedad; sólo entonces es posible la unidad de la teoría y la práctica, el presupuesto de la función revolucionaria de la teoría<sup>39</sup>.

Pero, como ya se ha señalado otras veces, la teoría no llega por sí sola a las masas. Uno de los temas fundamentales que han de investigarse a fondo son los canales de influencia y de comunicación que se establecen entre el intelectual (creador de conciencia) y el individuo que profesa un determinado nivel adquirido de expresión de esta conciencia. Esto, en el caso catalán, se ve agravado, puesto que al escaso desarrollo y divulgación de los procesos intelectuales de creación en nuestro país, se suma el escribir en una lengua que, en general, no ha sido aprendida de manera sistemática en la escuela. Veamos cómo se expresa en este sentido un conocido intelectual catalán:

*La nostra disjuntiva és tristament radical: o el llibre, o la liquidació per enderrocament. I a ningú no se li amaga com de dèbil i de precari és el llibre, si se l'aïlla així i se li atribueix alhora una missió tan desproporcionada. Perquè, no ens enganyem, el llibre —fins hi tot el més popular i barat— és sempre d'irradiació limitada, igualment entre nosaltres com en qualsevol altre poble. Haver de descansar sobre les seves pàgines —uns versos, una novel·la, uns assaigs, una llicó erudita— tota l'esperança vital d'un idioma, és cosa que comporta riscos difícils d'esquivar. Però, sigui com sigui, el llibre continua sent una trinxera*<sup>40</sup>.

Esta falta de comunicación entre el intelectual y su público, resultado de una opresión cultural continuada, nos sugiere una cierta *función trágica* de los ideólogos catalanes en un mundo que dificulta la realización de unos objetivos «socializadores» básicos. Si Cataluña como nación hubiese podido seguir los pasos de construcción de un Estado propio o bien hubiese formado

<sup>39</sup> GEORG LUKÁCS, *Historia y consciencia de clase*, Grijalbo, Barcelona, 1975, págs. 2-3.

<sup>40</sup> JOAN FUSTER, *Exàmen de consciència*, Eds. 62, Barcelona 1968, pág. 210.

parte de un Estado plurinacional respetuoso de las distintas realidades que abarcara, la cuestión nacional catalana no se hubiese presentado nunca como problema. Esta «tragedia» la apuntan algunos entrevistados al señalar que debe analizarse el papel del intelectual en cada proceso histórico específico, puesto que la evolución de la cuestión nacional catalana, a lo largo de los siglos, ha determinado la existencia de una *intelligentsia* con unas características determinadas que le impiden expresarse «intelectualmente» en su propia lengua materna.

Siguiendo esta línea de ligar al intelectual a una situación determinada y enlazando el estudio de la teoría con sus resultados prácticos plasmados en la realidad, es paradigmática la obra de Lucien Goldmann que, enmarcada en el materialismo histórico, representa un gran avance en el estudio de los intelectuales. Principalmente en su obra *Le Dieu caché*<sup>41</sup> desarrolla un «método positivo en el estudio de obras filosóficas y literarias» con la pretensión de «contribuir a la comprensión de un conjunto preciso y limitado de escritos, que, pese a sus notables diferencias, me parecen íntimamente emparentados»<sup>42</sup>. Sin embargo, a nuestro juicio la obra trasciende en gran manera estos propósitos iniciales para ofrecernos un modelo de interpretación de la obra del intelectual ligándola a las características de un determinado período histórico intentando captar las estructuras significativas que están en la base de una determinada perspectiva teórica común que implica el acuerdo en un determinado sistema de valores. *La visión trágica* común a Pascal, Racine y Kant es el punto de partida de los estudios de Goldmann, pero, como hemos dicho, los resultados que obtiene son mucho más amplios, puesto que no sólo colaboran magistralmente en la comprensión de las obras de dichos autores, sino que entrelazan la estructura sociológica y los fenómenos de conciencia con su plasmación literaria o filosófica. Así, se hace imprescindible el análisis materialista y dialéctico que se basa en la no existencia de «puntos de partida ciertos ni problemas resueltos definitivamente» y en la consideración de «que el pensamiento no avanza nunca en línea recta, puesto que toda verdad parcial sólo adquiere su verdadera significación por relación al conjunto, de la misma manera que este último sólo puede ser conocido mediante el progreso en el conocimiento de las verdades parciales»<sup>43</sup>. Es decir, el estudio de un problema no se agota nunca en su conjunto ni en sus elementos, sino que ha de concretarse en una interacción dialéctica entre ambos.

La ideología no es un elemento pre-existente, flotante, abstracto, sino que es fruto y consecuencia del pensamiento individual del hombre a su vez integrante, como parte inseparable de un todo, del grupo social. Una

<sup>41</sup> LUCIEN GOLDMANN, *El hombre y lo absoluto (Le Dieu caché)*, Península, Barcelona, 1968.

<sup>42</sup> *Ibidem*, pág. 7.

<sup>43</sup> *Ibidem*, pág. 15.

obra no adquiere su total significado si no se ha insertado en una biografía determinada y en una estructura social; generalmente el producto intelectual trasciende a su autor, pertenece a un grupo social, a una clase y a una época que lo han hecho posible. La personalidad, el carácter de un autor, sólo explican una parte de su obra que por sí sola no es totalmente significativa. De todas maneras, sólo puede esperarse del investigador una aproximación al conocimiento de la interacción entre obra y biografía; un conocimiento total es casi impracticable. Así pues, se trata de hallar los criterios de coherencia que hagan posible la interpretación de la obra intelectual, a partir de un instrumento conceptual, que se hace imprescindible en la tarea de separar lo accidental de lo esencial. Nos referimos a la *concepción del mundo* en el sentido de concreción de una conciencia colectiva y no como entidad metafísica o especulativa, entendida como un sentimiento de grupo, un «nosotros», que estructura las aspiraciones de un colectivo oponiéndolas a la de otros grupos; que no debe olvidar que proviene de una combinación de conciencias individuales.

De este razonamiento Goldmann deduce la necesidad de construir una tipología de las concepciones del mundo que haría avanzar indudablemente a todas las ciencias sociales. En este caso *la visión trágica* es entendida, pues, como un determinado sentimiento individual y colectivo, como una *concepción del mundo* que servirá de instrumento conceptual para la comprensión de las obras estudiadas, pero que fácilmente puede extenderse a estudios más amplios sobre el intelectual. Sin embargo, como escribe el mismo Goldmann:

Las diferentes concepciones del mundo —racionalismo, empirismo, visión trágica, pensamiento dialéctico— no son realidades empíricas, sino conceptualizaciones destinadas a ayudarnos en el estudio y en la comprensión de obras individuales<sup>44</sup>.

La visión trágica representa una ruptura con el período amoral y arreglioso del empiricismo y del racionalismo para volver a criterios religiosos, a creencias en valores trascendentes que sobrepasan al individuo dándole al conjunto una forma ahistórica. El presente es la única proyección temporal que se concibe:

El problema central del pensamiento trágico, problema que solamente el pensamiento dialéctico podrá resolver en un plano al mismo tiempo científico y moral, consiste en saber si en este espacio racional, que ha sustituido definitivamente y sin posibilidad de retorno al pasado al universo aristotélico y tomista, existe todavía un medio, una esperanza cualquiera, de recuperar los valores morales supraindividua-

---

<sup>44</sup> Ibidem, pág. 36.

les, si el hombre podrá todavía recuperar a Dios, o lo que para nosotros es sinónimo de esto y menos ideológico, la comunidad y el universo <sup>45</sup>.

Se trata pues del *Deus absconditus*, idea fundamental de la visión trágica que nos plantea con toda crudeza la percepción pascaliana del Dios ausente, oculto, pero paralelamente presente; siempre oculto y siempre presente. Dios y el mundo se oponen radicalmente; el mundo social y humano, transformado por los cambios en el mundo físico, es a la vez todo y nada, se vive en un mundo real del que no se puede participar ni disfrutar porque es inexistente; ésta es la coherencia paradójica de la visión trágica. En este contexto el hombre vive en el mundo para la realización de valores y persiguiendo unos objetivos que son absolutamente inalcanzables, se trata de un mundo silencioso que esconde la presencia de Dios, que es sentida pero que no puede ser probada; y si no puede ser probada no tiene ninguna garantía de que sea realmente sentida. El hombre es un ser solitario entre un Dios y un mundo absolutamente mudos, que sólo permiten el monólogo <sup>46</sup>.

La epistemología de la visión trágica parte de la consideración del papel de la fe como un proceso de conocimiento ideológico: la apuesta sobre lo trascendente <sup>47</sup>, que le proporciona la coherencia paradójica necesaria para la elaboración teórica. El análisis de Golmann concluye situando a la visión trágica y a los intelectuales que la elaboran y le dan coherencia como antecedentes de la visión dialéctica en su sentido más amplio; sin embargo, el intelectual como concepto queda, en su obra, prácticamente por definir, no profundiza en el tratamiento de los intelectuales considerados en conjunto, sino que nos habla de la relación dialéctica existente entre su obra entendida como un proceso de creación y el entorno socio-económico que la condiciona (dialécticamente). En este punto encontramos una relación (señalada por B. Oltra) entre Goldmann y Gramsci al señalar que «no hay conocimiento independiente del objeto» <sup>48</sup>, de esta manera se contradice la visión elitista del intelectual, el saber por sí solo no da la información necesaria, hace falta sentir para comprender.

Aunque parezcan alejadas de nuestro principal objeto de estudio, las proposiciones de Goldmann son muy sugestivas para el análisis de los intelectuales enfrentados a un problema que trasciende los terrenos racionales para penetrar en el difícil mundo de los sentimientos. No en vano, las nociones de «patria» y «patriotismo» nos acercan a posiciones espiritualistas: «un solo Dios, una sola patria», que quedaron plenamente expresadas —para el caso

<sup>45</sup> *Ibidem*, pág. 50.

<sup>46</sup> Si utilizamos la terminología de Lukács "el diálogo solitario".

<sup>47</sup> En contraposición a la visión agustiniana que sería la evidencia de lo trascendente (Dios) y a la visión marxista que sería la apuesta sobre una significación immanente (la historia).

<sup>48</sup> BENJAMÍN OLTRA, *La imaginación ideológica...*, op. cit., pág. 152.

catalán— en la obra del tradicionalista Torras y Bages (Obispo de Vic), que llegó a exponer el origen divino de la nación. De este modo, los ideólogos de la cuestión nacional se enfrentan a una difícil tarea: construir una teoría coherente a partir de unos sentimientos nacionales (o nacionalistas) que son, en su origen, tremendamente irracionales. Esta es la *función trágica* del intelectual cuando analiza la cuestión catalana: siente que debe andar con «pies de plomo» puesto que cualquier afirmación suya puede levantar adhesiones y desprecios; el esquema se complica si pensamos que cualquier teoría sobre lo nacional se coloca, al menos, ante tres frentes igualmente críticos: los nacionalistas, los antinacionalistas y los indiferentes, y que, además, se dirige a un ámbito de lectores que traspasa las fronteras nacionales. Si a esto añadimos la relación directa de la cuestión nacional con el poder político, tendremos el cuadro completo de «dificultades» que entraña este espinoso tema. El hecho de que pocos de los ideólogos de la cuestión nacional sean ajenos al mundo de la política, explica también muchas respuestas elípticas o poco concretas que saltan del terreno de lo empírico para retornar al imperio de las creencias, pecando así de manifiesto ahistoricismo.

De este contexto, tiene mucho sentido la propuesta de Goldmann de analizar la biografía y el contexto social e histórico de los entrevistados intentando acercarnos a un conocimiento lo más completo posible de su obra intelectual que ha de quedar enmarcada en una *concepción del mundo*. Esta visión *no elitista* de la *intelligentsia* hace inseparables las proposiciones teóricas, de la influencia real que éstas van a tener en los ciudadanos de «carne y hueso»; en el tema del nacionalismo, la construcción de una teoría se relaciona inmediatamente con su aplicación práctica, por lo que muchos de los ideólogos de la cuestión nacional se sentirían en cierto modo fracasados (o inútiles) si sus lecturas de la realidad no fuesen «funcionales» a una determinada dinámica de «recuperación nacional» y política.

Otros autores han expuesto esta problemática de la «inutilidad del intelectual» de una forma, aunque irónica, no por ello menos amarga:

Propenso al vicio, el escritor descubrió la libertad que proporciona el ejercicio de la irresponsabilidad social. Por los pasillos, por los jardines de Marienbad descubrió la droga de la ambigüedad como un instrumento legitimador de la esquizofrenia. La burguesía ya no necesitaba una conciencia crítica porque la moral ya no era necesaria a ninguna clase de ejecutoria histórica. Como los obreros en situación de reconversión profesional, la intelectualidad dudó en la adopción del tipo de travestí. La organización de la cultura había quitado para siempre el carácter de insurrección armada que en su día habían tenido las palabras. 60.000 documentales sobre la guerra del Vietnam producen el sorprendente efecto de desinteresar al público sobre la guerra del Vietnam. 60.000 documentales percibidos al mismo tiempo por 500

millones de seres, ahogados en imágenes, palabras y músicas, ¿qué puede hacer frente a esto la arqueada ceja de Sartre o el verso libre de Octavio Paz? <sup>49</sup>.

Nuestra opinión no es la de que el intelectual no tiene influencias en la opinión general y en los estados de conciencia colectivos, sino justamente al contrario; el estudio de los intelectuales políticos es de crucial importancia para analizar la cuestión nacional, una forma de conciencia colectiva. Por lo tanto, la naturaleza del intelectual hay que buscarla en el seno del sistema ideológico como un mecanismo de clase, en sentido amplio, y, por ende, colectivo:

El principal problema al analizar las funciones ideológico-legitimadoras de los intelectuales es el establecer las conexiones concretas entre las ideologías y la dinámica de los intereses de clase y dominación a los que esta ideología está unida orgánicamente <sup>50</sup>.

Y el investigador a su vez, como intelectual, no se escapa de este círculo. En la misma dirección coincide el estudio de J. Kanapa <sup>51</sup>, al considerar al intelectual actual como heredero (voluntario o involuntario) de la concepción del mundo de la burguesía que ha sido, hasta ahora, el sistema ideológico dominante. La procedencia social del intelectual (en general) refuerza esta concepción, puesto que solamente un número muy escaso de intelectuales es de procedencia estrictamente popular <sup>52</sup>, aunque es innegable su progresiva transformación con los cambios en la estructura de clases de la sociedad capitalista avanzada, así como sus no ocasionales alineamientos políticos y culturales con los sectores populares de la sociedad (marginados, clases dominadas, etc.).

Ernest Mandel, en su defensa del intelectual revolucionario <sup>53</sup> como elemento creativo que puede conseguir la articulación de una cultura del proletariado, subraya también su importancia al considerar al trabajo intelectual como una actividad como muchas otras, pero que es de crucial importancia para articular el desarrollo de la teoría marxista. Valora el trabajo de los intelectuales militantes (revolucionarios), pero también el trabajo de otros intelectuales rigurosos, aunque no tengan intención revolucionaria. Mandel

<sup>49</sup> M. VÁZQUEZ MONTALBÁN, *Manifiesto subnormal*, Kairós, Barcelona, 1970, página 39.

<sup>50</sup> BENJAMÍN OLTRA, *La imaginación ideológica...*, op. cit., pág. 90.

<sup>51</sup> JEAN KANAPA, *Situation de l'intellectuel*, Les essais de la "nouvelle critique", París, 1957, págs. 54-82.

<sup>52</sup> En la actualidad se podría generalizar que la burguesía y las clases medias son los principales "proveedores" de intelectuales, aunque evidentemente existan respetables excepciones.

<sup>53</sup> Véase la entrevista "Ernest Mandel: un topo viejo", en *El Viejo Topo*, Barcelona, noviembre, 1976, págs. 5-9.

llega a afirmar que un intelectual que no milite en un partido revolucionario no es coherente, pero de todas maneras reconoce el derecho a la no coherencia y añade que no presupone su inutilidad para la causa de la emancipación revolucionaria del proletariado. El análisis de este autor coincide con el de Gramsci en dar especial importancia al fenómeno cultural como elemento básico de todo cambio político, y, siguiendo la línea de Trotsky, considera que en el período histórico de transición del capitalismo al socialismo, los problemas culturales serán incluso mayores que los conflictos económico-políticos. Por este motivo destaca la importancia del intelectual que, aunque no podrá romper el esquema marxiano según el cual «la ideología dominante en una sociedad es la ideología de la clase dominante», de todas maneras podrá articular la naciente cultura de las clases dominadas realizando una síntesis con anteriores culturas que permitan la creación de unos primeros elementos de cultura popular que por lo menos den una cierta solidez al período de transición.

Aunque algo dogmáticas, las tesis de Mandel son un instrumento hermenéutico necesario para acercar las teorías marxianas sobre «la intelectualidad» a la cuestión nacional. El énfasis en el fenómeno cultural que nos propone este autor desemboca en la consideración del movimiento nacionalista —que se define fundamentalmente en el terreno de la cultura— como tremendamente movilizador y, por lo tanto, potencialmente revolucionario. Frente a una cultura de las clases dominantes puede oponerse una cultura popular, frente a una visión nacional dominante puede contraponerse lo nacional-popular.

Robert K. Merton, representante de un sector del estructural-funcionalismo (con su modelo de la «teoría de alcance medio»), muestra una posición expresiva sobre el papel de la *intelligentsia*. En algunas de sus obras se ha ocupado del intelectual como tipo profesional determinado y de su relación con la política<sup>54</sup>. Para Merton el término «intelectual» designa un papel social del individuo y no la totalidad de su persona, puesto que sólo es una parte de su actuación la que se dedica a estructurar y formular conocimientos a partir de su experiencia directa, pero también necesariamente a partir de fuentes indirectas de información. Lo que hasta ahora hemos llamado intelectuales políticos son, para este autor, los especialistas en el campo de los conocimientos sociales, económicos y políticos; en este marco distingue dos tipos de intelectuales, los burócratas y los independientes. Los primeros son para Merton los más relevantes, puesto que, desde su punto de vista, el aparato burocrático del Estado se va convirtiendo progresivamente en el único lugar posible de actuación que tiene el intelectual, si unimos esto a su visión del proceso de burocratización como un proceso de alejamiento de la

<sup>54</sup> Uno de los trabajos más interesantes que puede consultarse en este sentido es: "Role of Intellectuals in Public Bureaucracies", *Social Forces*, vol. 25, páginas 405-415.



política para dar paso a la técnica tenemos en conjunto un planteamiento bastante pesimista del tema.

Las perspectivas del intelectual independiente<sup>55</sup> no son muy brillantes, puesto que, según Merton, está destinado a sucumbir ante las demandas y el control de su clientela específica que condicionará el resultado de sus trabajos. En el caso de que consiga realizar por su cuenta investigaciones interesantes, sin su integración en la burocracia es difícil que éstas se traduzcan en programas de acción. La función del intelectual expuesta por Merton sería realmente trágica —burocratizarse o sucumbir— si no fuese por el artilugio de la segmentación de papeles que hemos apuntado más arriba y que permite al intelectual conservar su integridad personal, aunque sus teorizaciones intelectuales no coincidan con su sistema de valores.

Algunos pensadores independientes pueden sostener una actitud crítica debido al poder de los medios de comunicación de masas, pero el intelectual burocrático está absolutamente condicionado por los valores de la burocracia misma que en sus propuestas o programas de acción no pueden violar, y por tanto esta situación crea una cierta neurosis que Merton califica de neurosis del trabajo inútil. Todos estos razonamientos van preparando el terreno a análisis mucho más conservadores que sitúan al intelectual como uno de los principales peligros que atentan contra el orden social instituido.

Las actuales ideologías contraintelectuales (o anti-intelectuales) apuntan hacia la desaparición de las ideologías a causa del desarrollo económico y el progreso industrial, profetizan la progresiva desaparición del intelectual entendido como ideólogo, para dar paso al experto, al técnico, que jamás cuestionará al sistema que lo ha configurado. Ni que decir tiene que estamos ante la ideología de un nuevo sector social y político nacido en el capitalismo avanzado: el tecnocrático. Desde que Daniel Bell defendiera estos procesos en 1960 ha llovido mucho. Tanto como para ver que entramos en una nueva era ideológica profundamente crítica. Ciertamente un comienzo y no un declinar de las ideologías.

La comprensión del concepto de «intelectual» y de su papel en una sociedad determinada, ha sido el principal objeto del análisis que hemos llevado a cabo en este artículo; a partir de las proposiciones de diversos autores, nos hemos acercado a una definición del *intelectual político* que sirviese de marco teórico a nuestra investigación. Ha quedado, a nuestro juicio, claro el papel protagonista que tiene la intelectualidad en el terreno de lo cultural y en los procesos de creación de conciencia colectiva, y el nacionalismo se define precisamente en estos dos ámbitos. Nacionalismo e intelectuales aparecen pues directamente relacionados.

---

<sup>55</sup> Evidentemente, el término "independiente" es usado por R. K. Merton de manera muy distinta a Mannheim o Alfred Weber.